

cias: nada es proclive a convertirse en la proposición *más seria* de todo discurso óptico.

Allí, en la contingencia de la proposición absurda, descubrimos la distancia entre lo objetivo y lo subjetivo; la continua e incesante singularización del movimiento juvenil que se independiza de lo social. Que hacen una sola y gran pelea: la de ser *otra cosa* que aquello que les dicta su posición social. Es así como aparece la pokeláis, el machoxcore, la flaiteláis, la gothic lolita y los otros subgrupos. Hablamos, por tanto, de rebelarse contra los *casilleros sociológicos*<sup>353</sup> y ejercer crisis posicionales. Adjudicarse un actuar en términos negativos, una distancia como descripción situacional de la sociología y de la realidad de los individuos subjetivados. He ahí donde radica la falla de los psicólogos y periodistas que insisten en pronunciar *tribu urbana* e *identidad* como vocablos hermanables a alguna construcción psíquica u orgánica.

La contraposición será un punto de concentración extrema donde se extiende lo que es (el cuerpo) e implica un *ego enunciado* como trinchera del *ego enunciante* (por ser el mismo). Pues el ego, como identidad atrincherada, será idéntico a su atrincheramiento<sup>354</sup>. Se contrapone entonces no a una sociedad ni a una tribu, sino que a un sí frente a sí mismo. El *Corpus* de Nancy devendrá como materia-obstáculo y como lugar espacioso del ego. Se torna la materia objetada del sujeto y, por tanto, en la imposibilidad de una reconstrucción del cuerpo-propio-uno. Lo que se estaría construyendo, en términos periodísticos, es la paradoja de que un yo

<sup>353</sup> *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*, Danilo Matucelli, Ed. Lom, Santiago, 2007.

<sup>354</sup> Jean-Luc Nancy, *Corpus*, p. 26.

mismo nunca sea propiamente yo mismo, que la identidad convenga narración. Una ficción performativa, una retórica en la que el cuerpo actúe –al mismo tiempo– como escenario y como personaje principal<sup>355</sup>. Es esa experiencia límite la que se singulariza en la interpretación del ambiente donde tiene lugar la inquietud y los múltiples sentidos de un rol.

Luego podemos aventurarnos a una no-mutilación analítica (y vertical) y adjuntarnos a Danilo Matucelli, al afirmar que “la teoría social no se encuentra ni en el sistema ni en el actor, sino en el entredós que se diseña y se teje entre ambos”<sup>356</sup>. Entre lo enunciado y el enunciante, en el espacio que remite *al más de dos y menos de uno*, al sitio de diversidad y pluralidad como engranaje de un juego histórico y variable, al horizonte para la actividad estética de movimientos generales disímiles, alimentados por una escritura a escala humana (tagging, chapa, calcomanía, stencil o Fotolog) que hace del individuo (y no del individualismo) el centro del análisis. Y ejercer este desfondamiento implicará advertir lo inviable del proyecto centralizador del individualismo moderno.

Un paso más acá, Matucelli nos recordará que la sociología dispone, desde sus orígenes, de tres grandes estrategias intelectuales para el estudio del individuo, de las que intentamos escapar: la socialización, la subjetivación y la individuación. Abanico categorial en el que encontramos una visión descendente y otra ascendente (que fluctúa entre individuo y sociedad) y que implica a una la sociedad que deja de escala, medida, fracción y graduación de los fenómenos sociales, pues los rangos y niveles

<sup>355</sup> Beatriz Preciado, *Testo yonqui*, p. 276.

<sup>356</sup> Danilo Matucelli, *Cambio de rumbo*, p. 17.

de absorción teórica ya han sido desmantelados por los silencios de las prácticas. Si el *cash* –la fracción capital– designa un movimiento, la socialización también lo hará. Es, por tanto, a través del tránsito que los individuos se arman “no siempre en reflejo, [pero] al menos en estrecha relación con las estructuras sociales”<sup>357</sup>, en una que, a través del rebote y de la infracción, responde a la pregunta de cómo es posible la vida social. Luego la socialización se configuraría como una forma de programación que asegura la reproducción del orden social a través de la interiorización de normas (y de su censura), en la transacción de sus modificaciones y posiciones sociales. El espacio de la diversidad viene garantizado, entonces, en el espacio de lo enunciado y el enunciante y en el hecho de que no todos se apropian del mismo modo de las reglas conductuales y de sus ansiedades. La integración estaría secundada por los procesos de antagonismo social, por la multiplicidad de contextos y no por el ajuste del individualismo para con el individuo, o de los roles y la multiplicidad de sentidos a una (sola) posición.

En este aspecto, la subjetivación del adolescente –como la de todo humano– deambularía entre el control social versus la emancipación, y es quizás este lapsus de edad del que hablamos (de 13 a 23 años) el que por antonomasia refiere a las transas y los procesos de fabricación de todo sujeto. A este respecto, no es anodino recordar a Michel Foucault y su transformación del proyecto colectivo y emancipador (por ejemplo, tomar el estilo hardcore) a uno individualizante y de sujeción (implantarlo bajo la cabellera *lais* de Avril Lavigne). La amenaza de un sujeto tallado por el poder (y en plural

<sup>357</sup> Danilo Matuccelli, *Cambio de rumbo*, p. 20.

también), por tanto, es inminente: con MTV (y sus escuelas mediales), el sujeto se ha descubierto como una consecuencia directa de las prácticas de medida y examen de las tecnologías del poder capitalista.

Es por eso, y no por otra razón, que *lo posar* es posible como canon: las bandas musicales lo promueven como *cash* circulante, como satisfacción, pero también como promoción de una historia no-confiable, de una libertad restringida por la internacionalización de los estilos, por el *copy & paste* replegado en toda subjetividad. Sin embargo, esta cerrazón alberga el horizonte de sentido donde toda elaboración hará aparecer la técnica de (sobre)vida propia: la tribalización maffesoliana, o el gobierno de sí mismo de Foucault: dos miradas disímiles, mas redundantes en la asimetría del fenómeno.

Lo que se busca, entonces, ya no es lo idéntico de sí, sino que los posibles lugares de resistencia; se “trata siempre de delimitar las nuevas formas particulares [o partículas] de fabricación de sí inducidas por el proceso de subjetivación colectiva”<sup>358</sup>. En donde la asociatividad de los blingbling y los lentes de sol tiene relación directa con la acción colectiva, los conflictos sociales y las relaciones de poder (cfr. la estética reggaetonea de la exhibición de autos, joyas y mansiones de lujo en los videos promocionales). Por ende, es a través de esta manifestación que la relación consigo mismo tiene como contexto la oposición entre lógicas de poder y el cuestionamiento social. En una palabra, la desobediencia a toda advertencia y guía parental.

Bajo este mismo legado, la individuación aparece como la relación entre la historia de la sociedad y la bio-

<sup>358</sup> Danilo Matuccelli, *ibíd.*, p. 29.

grafía del actor<sup>359</sup>, como el flujo que combina el eje diacrónico con uno sincrónico. Devenir que interpreta el horizonte de esta generación y de las transformaciones históricas. Articula el cuerpo social por donde deambula el individuo y su *ethos*. Ante esto evidenciamos –por consecuencia– una sociedad diferenciada, a la que le pertenece la pluralidad de los círculos sociales. Y es, en esta dirección, donde la mítica Escuela de Chicago hace sus mayores alcances, sobre todo en lo que respecta a la consolidación del individuo inseparable de transformaciones sociales. Este legado nos regala individuos (hoy sin individualismos) que dan sentido a sus experiencias a través de la reflexividad, sea mediante el *logos* o –mayoritariamente– en discursos estéticos de resistencia. Así se subraya el carácter individual y se tarja el individualismo moderno, bajo la impronta de la imposibilidad de vínculos subjetivantes.

Asistimos entonces al florecimiento emocional en el imperio de lo cualitativo. He allí el territorio de la ambivalencia, la singularidad situacional y la atmósfera como sondeo de imperativos, o también como ambiente y *onda*. Residuos de sensibilidad atmosférica reordenada bajo el acarreo de la vida social, bajo el dictamen de la conexión, desconexión, vibración, *ring tone*, queja del colegio, padre defraudado y bocas del rezongue. Residuos que soportan las técnicas de poder orientadas hacia el gobierno (de sí y por otros) de manera continua y permanente<sup>360</sup>.

Pronto, constituirse como individuo sólo es posible en la medida en que se “ande con la melodía de la ca-

<sup>359</sup> Danilo Matuccelli, *ibíd.*, p. 30.

<sup>360</sup> Michel Foucault, *Tecnologías del yo*, p. 98.

lle”<sup>361</sup> y que el actor se pliegue a la representación del sujeto que las técnicas del poder y sus dispositivos someten a examen. Todo sujeto particular estará obligado a una interpretación política, que lo debe en la angustia de reconocerse como sujeto doblemente sujeto, y a la oportunidad de soportar las categorías que la mirada del otro imponen. La activación del dispositivo invita entonces a no existir como sujeto-ciudadano-hombre o mujer. Invita a resistir en la no-identificación (= no-individuación) con la instrucción de las formas de dominación que retornan como operador analítico de la sociedad actual: en depresión y niñas peloláis.

Formas que se tornan clase dominante y/o patologización de todo conflicto social y psíquico, y que predisponen un súper-yo aplastante que demanda éxito mediante su imperativo de acción: mandato que invade por cansancio, impotencia e insuficiencia fáctica de la soberanía. Son los adolescentes depresivos, entonces, los que –como síntoma cultural– desequilibran la interpretación y la representación totalizante de la vida social. Los que evidencian el primado de la patología, del desvío, de la criminalística y la crónica roja; pero que, a la vez, interceptan los espacios de cuestionamiento no-retóricos. Son los que ponen en entredicho los contornos de la *realidad* como horizonte de evaluación existencial, realidad que concierne a un número pequeño de individuos, a comunidades adultas que les regalan la sensación de que *la vida está en otra parte*. El joven sufre, por tanto, una inserción interminable en el tejido social, el *script* infatigable de la identificación y el sentimiento de irrealidad que aplasta y vacía su vi-

<sup>361</sup> Wisin y Yandel Feat Tony Dize, *Permítame*.

da cotidiana. Allí los barrios se convierten en el limbo de la verdadera vida<sup>362</sup>.

Aparece la amenaza de la comunidad. Pero sólo de aquella que está (de)formada por cuerpos extraños que implican una circularidad significativa, en la que la comunidad tenga al cuerpo como sentido, y que éste tenga a su comunidad como espacio de producción. Comunidad –tribu urbana, para estos efectos– como un signo, como un tecnocuerpo que posee una intimidad orgánica; es decir, que se toca y se siente y que, por otro lado, posea un cuerpo dependiente de un ambiente común. Que refiera a un tener colectivo, a un ser-entre-nosotros (Deleuze y Guattari), una vestimenta, una piel, una sensibilidad trazada en los encuentros accidentales singulares. Una escenografía política que comienza y termina en los cuerpos abiertos, cortados, ensamblados, desconcertados, deconstruidos, que enarbolan un nosotros-mundo, tal y como es posible considerar un mundo-poke, un mundo-lais, pero también un mundo-discriminado, un mundo-marginal y un mundo-adolescente.

Esta es la única comunidad posible de los chicos (la comunidad paródica de las tribus), de los cuerpos que exigen su (re)creación, la puesta en el mundo y la repartición de los (sus) cuerpos. Que ingresan y residen en el mundo donde lo uno deviene dos<sup>363</sup>. En la atmósfera arbórea donde toda fuerza o potencia subterránea está conectada simultáneamente en puntos disímiles y aleatorios. Donde la conexión se basa en hiperenlaces, sudores, *gloss*, cordones de colores y piercings.

<sup>362</sup> Danilo Matuccelli, *Cambio de rumbo*, p. 108.

<sup>363</sup> Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil Mesetas*, Ed. Pre-Textos, 2002, trad. de José Vázquez Pérez, p. 11.

## Agradecimientos

Tras –pero por sobre todo en medio– de este libro grandes y muchas personas se involucraron en él, o bien me acompañaron en el proceso. Agradezco a Javier Norambuena y Sebastián Santander, por ser mis interlocutores directos en las distintas fases de este ensayo; a Ángela Carvajal, Antonia Goycoolea, Natalia Buscaglia, Guadalupe Santa Cruz, Sonia Montecino, Cristián Foerster, Mauricio Cabrera, Carolina Amos, Ekateryn Rosanoff, Matías Flores, Francisca Góngora, Marco Vidal, Sergio Cáceres, Fernando Ulloa, Diego Ramírez, Marianela Pérez, Matías López, Jorge Cid, Óscar Saavedra, Natalia Varela y Gabriela Figueroa por sus dedos alzados, referencias, datos, consejos, hospedajes y lecturas. Asimismo, a todos aquellos entrevistados que me ayudaron a sondear el extenso y diverso panorama estético-juvenil, entre ellos a Natalia Matzner, Luis Barrales, a los chicos del Imán *Loca Gema et al*, a Unocrocero de Legua York, Gonzalo Montenegro, Pablo Infante, Gonzalo García de Noix.cl y los chicos del Eurocentro (los que trabajan y los que deambulan), a las plazas y alrededores que prestaron la voz a mi grabadora *old school*.